

La Madre

DEDICATORIA

A todas las madres españolas. Desde las páginas de nuestra Revista os tributamos, en vuestro día, este sencillo homenaje.

Y *A que hemos cantado las delicias del hogar, vamos ahora a hablar de la madre; aquél es el altar donde ella se inmola diariamente.*

Somos de los que opinamos que el verdadero amor es el que se da en razón de sacrificio, y sacrificio es sinónimo de entrega. Este salirse de nosotros para darse a los demás, lleva consigo renunciamiento. La madre ha sabido renunciar a todo, a lo que hizo la felicidad de su niñez y de su juventud. ¿Quiere esto decir que ya no es feliz? ¡Ay, dulce secreto de las madres!, vosotras solas sabéis gustar de toda la felicidad, si aquí en la tierra pudiera darse.

No necesitáis de grandes estudios para educar a vuestros hijos que, en el amoroso molde de vuestro regazo, sois capaces de formar santos y héroes. «También los traidores tuvieron madres»—nos dice con sorna uno de tantos escépticos—. Sí, pero éstos son los que, queriendo amoldarse al mundo, perdieron aquella primitiva forma que les diera esta mujer que ahora, en la clausura de un hogar, al que las gentes no llegan porque es de humana condición el apartarse de la desgracia, llora, reza y espera... el arrepentimiento, el retorno...

Yo no sé—como dijo un escritor—cuándo es más venerable la figura de la madre: si cuando alimenta con su misma sustancia al hijo que engendró, o cuando reza por aquel otro que, apartado del hogar paterno, se revuelve entre el fango del mundo.

La madre no olvida nunca, pero perdona siempre, porque el amor, ni sabe de rencores ni de ingratitudes, ¡Qué gran cosa sería poder ver interiormente, en su parte sobrenatural, el corazón de la madre! No existiría virtud que allí no encontrásemos, ni belleza que allí no tuviese su forma, porque, aunque no todo lo bello encierra bondad, todo lo bueno, si está saturado de belleza, de luz y colorido, invisible, pero real.

Hablamos de corazón a corazón, que la vista y los oídos sólo distinguen de materiales cosas.

Hay mujeres que envidian al hombre porque es más libre, porque triunfa cuando se lo propone, porque, como puede cultivar más su inteligencia, da la sensación de que tiene más talento... porque en las manifestaciones externas de tantas cosas parece que la supera. Pues sabed, pobres mujeres descontentadizas, que Dios os ha dado a vosotras la mayor prueba de confianza que jamás existió. En la maternidad os hizo depositarias no sólo de cuerpos hechos a su imagen y semejanza, sino de almas, de ese gran tesoro para cuya salvación tanto trabajó. Y os las entrega a vosotras, os las deja que las guar-